

## ***EL NACIMIENTO DEL URBANISMO CASTREÑO Y LA CONFIGURACIÓN DE UN NUEVO PENSAMIENTO SIMBÓLICO<sup>1</sup>***

### **THE BEGINNING OF HILLFORT'S URBANISM AND THE CONFIGURATION OF A NEW SYMBOLIC THOUGHT**

**AITOR FREÁN CAMPO**

Departamento de Historia  
Universidade de Santiago de Compostela (USC)  
15782 Santiago de Compostela, A Coruña  
aitor.frean.campo@gmail.com

Recibido: 01/11/2017

Aceptado: 27/03/2018

**RESUMEN:** Las modificaciones que se experimentan en el noroeste peninsular con la instauración del urbanismo castreño afectarán a las interacciones establecidas entre el ser humano y su entorno natural y antrópico. A partir de la descripción y el análisis de estas transformaciones se propondrán una serie de consecuencias que incidirán en la construcción de un nuevo pensamiento simbólico que, en líneas generales, se mantendrá vigente a lo largo de la Edad del Hierro.

**PALABRAS CLAVE:** Edad del Hierro, Castro, Religiosidad, Pensamiento simbólico, Noroeste peninsular.

**ABSTRACT:** The modifications experienced in the peninsular northwest with the establishment of urban planning of the hillfort settlement will affect the interactions established between the humans and their natural and anthropic environment. From the description and analysis of these transformations we'll propose a series of consequences that will affect the construction of a new symbolic thought that will generally remain in force throughout the Iron Age.

**KEYWORDS:** Iron Age, Hillfort, Religiosity, Symbolic thought, Peninsular northwest.

## **INTRODUCCIÓN**

El término urbanismo se ha vinculado tradicionalmente con los inicios de la antigüedad y el desarrollo de comunidades inmersas en sistemas administrativos

---

<sup>1</sup> Este trabajo se enmarca dentro del proyecto de investigación que integra la tesis doctoral del autor (Freán Campo, 2018).

complejos, jerarquizados y en donde diversas unidades territoriales mantendrían relaciones de interdependencia de desigual magnitud. Asimismo, se asocia a elementos económicos, sociales, políticos y culturales que, en definitiva, distan mucho de la realidad vigente en el período histórico que aspiramos comprender. Sin embargo, alberga también un significado más amplio relacionado, simplemente, con el resultado de la organización de un espacio construido. El hecho de que esta circunstancia adquiera en el noroeste peninsular una materialidad que aspira a la perpetuidad a partir del nacimiento del castro como sistema de asentamiento, es lo que nos anima a hablar de urbanismo castreño.

En las líneas que siguen reflexionaremos sobre como el paisaje y la forma en la que las personas habitan e interaccionan con él condiciona la configuración de su cosmovisión, su identidad y su religiosidad. Continuaremos esbozando sucintamente aquellos aspectos que caracterizaron a los asentamientos desde el neolítico a la Edad del Bronce para dar paso, de manera más detallada, a los principales rasgos que definen a los primeros castros. Todo ello nos permitirá finalizar nuestro análisis exponiendo cómo repercutirían las modificaciones constatadas en la forma de habitar el medio sobre el pensamiento simbólico de sus pobladores.

## **OBJETIVOS Y METODOLOGÍA**

El marco geográfico del presente estudio se corresponde con la referencia espacial, ambigua y difusa, del noroeste peninsular que, desde nuestro punto de vista, encuentra su mejor definición para la Edad del Hierro en los límites administrativos que conformarán en época romana los *conventi* lucense y bracarense. Con todo, no obviaremos registros propios del territorio asturiano o de la parte noroccidental de la actual comunidad de Castilla y León dada la parquedad y ambigüedad de información relativa al período histórico que pretendemos estudiar y las afinidades culturales y habitacionales constatadas entre ellos.

Nuestro objetivo fundamental consiste en la aproximación y comprensión de los condicionantes y consecuencias que lleva implícita la construcción de un modelo de asentamiento con las características del castro para el pensamiento simbólico de sus habitantes.

Para ello se sintetizarán aquellos aspectos que marcaron la transición de la Edad del Bronce a la del Hierro a través de un análisis de los registros arqueológicos más destacados y mejor documentados. Su estudio se llevará a cabo desde una perspectiva

interpretativa de base antropológica combinada con enfoques derivados de la arqueología postprocesual. Este hecho nos permitirá enumerar una serie de elementos que han de tenerse en cuenta a la hora de contrastar nuestra hipótesis de partida: con el nacimiento del urbanismo castreño se origina una nueva cosmovisión y, con ella, una nueva religiosidad, como consecuencia de la creación de una nueva forma de interactuar con el entorno natural y antrópico inmediato.

## **LA TRANSICIÓN DE LA EDAD DEL BRONCE A LA EDAD DEL HIERRO Y EL NACIMIENTO DEL URBANISMO CASTREÑO**

Watsuji (2006: 38) afirmaba que tanto el clima como el paisaje son dos realidades que constituyen *el momento de objetivación de la subjetividad humana en el que el ser humano se comprende a sí mismo*. El espacio y la relación que se establece con él configuran nuestra identidad personal, nuestra visión sobre el mundo y, en relación con ello, nuestras creencias y mentalidades.

La heterogeneidad de los paisajes conlleva problemas e inquietudes diferentes para la vida diaria de las personas y es la responsable de las distintas manifestaciones religiosas en las que se insiere el ser humano. En este sentido, podemos afirmar que la naturaleza es una construcción social y las conceptualizaciones del medio ambiente son producto de contextos históricos y especificidades culturales en perpetuo cambio, puesto que, al fin y al cabo, persona y medio ambiente forman parte de una misma realidad. En la misma línea, Robin Horton en sus estudios sobre sociedades tradicionales en África dejaba claro que:

*Los dioses no son caprichosos; poderes espirituales están actuando detrás de los sucesos observados, y existe una cantidad mínima básica de regularidad en su comportamiento. Como átomos, moléculas y olas, entonces, los dioses sirven para introducir la unidad en la diversidad, la simplicidad en la complejidad, el orden en el desorden, la regularidad en la anomalía (Horton, 1967: 52).*

La distribución espacial nunca puede ser considerada arbitraria, ya que las sociedades se establecen y se crean simbólicamente y materialmente a sí mismas en función del paisaje en el que convivan. Pero, ¿qué entendemos por paisaje? En primer lugar, es necesario concebirlo como una construcción cultural fruto de la interacción y la transfiguración que el ser humano lleva a cabo para tratar de comprender una realidad que, a diferencia del espacio doméstico, supone una constante incertidumbre ante la imposibilidad de controlar y predecir su comportamiento. En segundo lugar, es también

un espacio habitado porque en él se produce una interacción entre la naturaleza y el ser humano independientemente de su intensidad o pasividad. Así, pues, *el paisaje no es un espacio, es el mundo tal como lo conocen los que lo habitan* (Rodríguez Corral, 2010: 503), puesto que *el paisaje llega a ser parte de nosotros, al igual que somos parte de él [...] el ambiente no es más naturaleza que lo que es el paisaje como símbolo construido* (Ingold, 1993: 154).

El paisaje, por lo tanto, es una construcción cultural resultante de la interacción entre el hombre y la naturaleza, capaz de constituir un registro arqueológico que se puede interpretar desde una perspectiva histórica. Con ello, no pretendemos defender un planteamiento funcionalista o determinista que someta a las poblaciones humanas a las condiciones derivadas del medio en el que conviven, pero sí analizar la relevancia y las repercusiones que se derivan de asentarse en un determinado espacio para la configuración de las mentalidades de sus habitantes.

Partiendo de estas consideraciones, las modificaciones experimentadas en el noroeste peninsular entre la Edad del Bronce y la Edad del Hierro en cuanto a las estrategias de asentamiento de sus comunidades, se presentan como elementos fundamentales para entender algunas de las claves del pensamiento simbólico vigente tanto en la Edad del Hierro como en buena parte de la Antigüedad. De hecho, a diferencia de otras regiones europeas en las que conviven durante la Edad del Hierro diversas tipologías de asentamientos, en el noroeste peninsular, el castro será la única forma conocida.

En líneas generales, desde el Neolítico final asistimos en nuestro espacio de estudio a una forma de habitar el espacio caracterizada por una continua serie de ocupaciones, abandonos y reocupaciones de determinados entornos que, desde el punto de vista arqueológico, darán lugar a lo que se conoce como áreas de acumulación, de las que la de la Lagoa, estudiada por Méndez Fernández (1994), es un buen ejemplo. En ellas se aprecia una sucesión de registros arqueológicos que evidencian un uso continuado de un mismo espacio, pero con discontinuidad a nivel cronológico en función de las necesidades agropecuarias de los grupos humanos. Esta situación no nos permite hablar de asentamientos permanentes, pero tampoco de ocupaciones móviles o itinerantes propiamente dichas, ya que el uso del espacio se produciría de forma estacional, pese a la relativa continuidad a largo plazo.

La transición entre el Calcolítico y la Edad del Bronce (II milenio a. C.) viene marcada por un período de crisis caracterizada por procesos puntuales de deterioro climático, alteraciones en las rutas y en los sistemas de intercambio de materias primas, modificaciones de los “centros de poder” y la degradación de los suelos a

causa de la intensa actividad agrícola derivada de los inicios de la metalurgia. De esta situación inicial de crisis, sobre el siglo XIII a. C., se empieza a experimentar un cambio de tendencia marcado, por un lado, por una intensificación agropecuaria y, por otro, por una reactivación de los intercambios con los centros atlánticos a los que habrá que añadir, a partir del siglo IX a. C., el inicio de los contactos con el mundo mediterráneo de la mano de los navegantes fenicios (González Ruibal, 2006-2007: 241; Freán Campo, 2016).

En cuanto a los asentamientos y la ocupación del espacio, estas alteraciones apenas modificarán la realidad habitacional vigente. Desde la segunda mitad del II milenio a. C. hasta el siglo IX a. C., la población seguirá asentada predominantemente en zonas de valles y con poblados en forma de aldeas pequeñas localizadas en espacios abiertos al paisaje, casi imperceptibles en el mismo, y orientadas a la realización de actividades agropecuarias de carácter itinerante. Ejemplos de estos asentamientos los tenemos en Bouça de Frade (Jorge, 1980 y 1988), Lavra (Jorge, 1980 y 1988) y Tapado da Caldeira (Jorge, 1980 y 1988), en el norte de Portugal, o en Monte Buxel (Lima y Prieto, 2002), O Casal de Moaña (Calo y Sierra, 1983: 65), Barxés (Calo y Sierra, 1983: 63-65), Cova (Calo y Sierra, 1983: 63-65), O Curral (Calo y Sierra, 1983: 63-65), Mirás (Parcero, 1998), Carballeira do Espírito Santo (Aboal et al., 2003) y las Islas Cíes (Cardero, 1980), en Galicia. Por otra parte, la proliferación de silos y la intensificación de la deforestación para la puesta en funcionamiento de más suelos destinados a fines agropecuarios confirman la anterior caracterización (Rodríguez Corral, 2009: 11; González Santana, 2011: 52).

En fechas calibradas, la aparición del castro para el noroeste peninsular ha de situarse entre los siglos IX y VIII a. C. en la región costera del norte de Portugal y en las Rías Baixas.<sup>2</sup> Con todo, poblados fortificados en altura con dominio visual de su entorno ya estaban presentes en cronologías, incluso calcolíticas, como bien evidencian

<sup>2</sup> Los ejemplos de estos primeros asentamientos fortificados en altura aparecen en la Edad del Bronce y continúan su ocupación en la Edad del Hierro en casos como San Julião (Bettencourt, 2000b), Coto da Pena (Silva, 1986), Castelo de Matos (Queiroga, 1984), A Santinha (Bettencourt, 2001) o Punta do Cociñadoiro (Cano Pan, 2012). Otros castros de cronología temprana los tenemos en la región portuguesa del grupo Baiões-Santa Luzia, con yacimientos como Vila Cova de Perrinho (Coffyn, 1985), Castelo dos Mouros (González Ruibal, 2006-2007) y Cabeço do Crasto de São Romão (Senna-Martinez, 1995); en la zona comprendida entre el río Duero y el Lima con Penha (Sampaio et al., 2010), Falperra (Bettencourt, 2000c), o el Castro de Lanhoso (Bettencourt, 1993-1994), todos ellos del Bronce Final; en la Veiga de Chaves con San Tiago (Jorge, 1983-1984) o Santa Ana (Santos, 1995); y, finalmente, en la zona de las Rías Baixas y la cuenca del Miño con Santa Trega (Currás, 2014: 128-147), Peneda do Viso y Mesa de Montes (González Ruibal, 2006-2007; Currás, 2014) y en el interior de Ourense, Coto de San Trocado (Fariña y Xusto, 1991; González Ruibal, 2006-2007) y Castromao (Orero, 1997, 2000 y 2010). A esta lista podemos añadir otros como Barbudo (Martins, 1989), Faria (Martins, 1990; Bettencourt, 2000c), Lugar da Costa (Amorim, 2007), Roriz (Almeida y Soeiro, 1980), Monte do Padrão (Martins, 1985; Moreira, 2005), San Estevão da Facha (Almeida et al., 1981 y 1982), Castro do Peso (Almeida, 1990), Cabanas (Bettencourt, 2000c) o Alto da Caldeira (Jorge, 1981).

yacimientos como la Mesa de Montes (Cangas do Morrazo, Pontevedra) (Gorgoso et al., 2011). Hacia el siglo VIII a. C. se generaliza como único modelo de asentamiento en esta área y a partir de este espacio se expandirá hacia el norte siguiendo un recorrido desde la costa hacia el interior a través de los valles fluviales. Al mismo tiempo, surgen nuevos núcleos de difusión en áreas septentrionales y orientales como el interior del actual territorio asturiano, pero ligados igualmente a la presencia de unos ríos cuyo cauce se pretende controlar visualmente.<sup>3</sup> Se evidencia, de este modo, la importancia de los cursos fluviales en las comunicaciones entre las comunidades del Bronce y su vigencia en la Edad del Hierro.

Si bien es cierto que se trata de un fenómeno que se irá extendiendo de manera paulatina y conviviendo en los primeros momentos con asentamientos propios de la Edad del Bronce, el cambio que supone la irrupción de los asentamientos fortificados resulta de una dimensión radical, puesto que representan una alteración absoluta en la forma en la que el ser humano se relacionaba con su entorno natural y antrópico.

Pese a que el registro arqueológico de estos primeros castros no es tan abundante en relación a otras fases de la Edad del Hierro, es posible plantear una serie de rasgos comunes<sup>4</sup> que ilustrarán ese contraste existente entre las estrategias de asentamiento vigentes en la Edad del Bronce y las que se imponen en este nuevo período, siguiendo postulados tipológicos esgrimidos por autores como Silva (1986), Carballo (1990, 1996a, 1996b, 2000 y 2002), Martins (1990), Dinis (1993), Lemos (1993), Parcero Oubiña (2000, 2002, 2005), Fábrega (2005), González Ruibal (2006-2007), Grande Rodríguez (2007 y 2008), Pungín (2009), Rodríguez Corral (2009), Vázquez Mato (2010), González Santana (2011) o Ayán Vila (2011).

Todos estos estudios parten de una división tripartita de la Edad del Hierro cuya división varía en función del autor, pero que mayoritariamente suele consensuarse

<sup>3</sup> Somos conscientes de que en territorios del norte peninsular como Asturias, Cantabria o incluso el Bierzo existe una corriente historiográfica protagonizada por autores como Jordá (1984), Carrocera (1995), Sastre (2001), Sánchez Palencia, Sastre y Orejas (2002) o Luzón (Luzón et al. 1980), que interpretan algunos de los castros de sus territorios como un sistema de asentamiento de origen romano y en relación con un proceso de reubicación de poblaciones anteriormente diseminadas en el espacio en puntos concretos del mismo con el objetivo de explotar sus recursos minerales. Dicho de otro modo, para estos autores, romanización, economía minera y reorganización del territorio por medio de castros serían, en ciertos casos, una realidad común. Sin embargo, trabajos desarrollados en los últimos años por Villa (2002) y otros anteriores como los efectuados por Maya (1987-1988; 1989), han demostrado que el panorama cronológico, cultural y económico castreño de estos territorios es más complejo y que, al igual que las tesis mantenidas para el conjunto del noroeste peninsular y a las que nos sumamos nosotros con este estudio, tiene un origen y un desarrollo endógeno cuyas raíces proceden de la Edad del Bronce.

<sup>4</sup> Autores como Romero Masiá (1976 y 1980), Camino (1995), González Ruibal (2006-2007) y Ayán Vila (2011) defendieron un comportamiento heterógeno y singular de los castros localizados en el ámbito costero. No obstante, tal como ha evidenciado una investigación reciente como la de Currás (2014: 450-458), salvando los condicionantes topográficos propios de estos medios, la inmensa mayoría, o al menos los situados en unas cronologías tempranas, responden a una misma lógica que los asentamientos situados en el interior.

en una primera fase que iría del siglo IX al V a. C.; una segunda que abarcaría del siglo IV al II a. C., y una última que comprendería los siglos II y I a. C. Tal división tiene su origen en el convencionalismo esgrimido inicialmente por Maluquer de Motes (1973), que se ha ido consolidando en la historiografía desde diferentes perspectivas. Sin embargo, como se ha evidenciado en trabajos recientes (Currás, 2014: 338-353), este no siempre funciona en todos los casos, ya que materiales o asentamientos con características del Hierro I pueden corresponderse con una cronología del Hierro II y viceversa.

En cualquier caso, y a pesar de considerar que todo intento de clasificación o tipificación de la historia en compartimentos estancos resulta improductivo e incluso contraproducente, aquí mantenemos esta clasificación convencional. Nuestro objetivo no es realizar un estudio exhaustivo y sistemático de la ocupación castreña a lo largo de la Edad del Hierro sino, simplemente, comprender cómo la instauración y la evolución de la misma pudo repercutir en la mentalidad de sus habitantes como una fuente de conocimiento más para indagar en la religiosidad del período.

Así pues, los castros relativos a la Primera Edad del Hierro (ss. IX-V a. C.) destacan en altura sobre el medio circundante, pero no poseen una visibilidad completa de los terrenos más inmediatos. En su entrada se combinan zonas de fácil accesibilidad con otras de gran dificultad, coincidiendo estas con los puntos de mayor visibilidad, de tal manera que se establece así una contraposición entre visibilidad y accesibilidad. Su morfología se caracteriza por la simplicidad, al carecer de elementos presentes en períodos posteriores como terrazas, antecastros,<sup>5</sup> estructuras externas, etc. Y, en cuanto a sus defensas artificiales, predominan las de tipo negativo, con el foso como principal protagonista, mientras que murallas y parapetos presentan formas simples y sin la sucesión que se verá también a partir del siglo IV a. C.<sup>6</sup>

En cuanto al entorno más inmediato, estos primeros castros se sitúan en zonas de tipo extensivo con predominio de suelos ligeros, poco profundos, con pendientes moderadas. No evitan la presencia cercana de zonas improductivas, evidenciando como la productividad del terreno era un factor secundario para sus habitantes en comparación con la necesidad de monumentalizar su asentamiento en el paisaje.

---

<sup>5</sup> Casos excepcionales como el del castro de San Trocadero (Fariña y Xusto, 1991; González Ruibal, 2006-2007: 186) presentan antecastro en la Primera Edad del Hierro, pero la presencia de este elemento es anecdótica para este período.

<sup>6</sup> Es posible incluso encontramos durante esta Primera Edad del Hierro con castros que carecen de estructuras defensivas, como son los casos de Barbudo (Martins, 1989), cuya muralla no se documenta hasta por lo menos el siglo V a. C., o Pena Redonda (González Ruibal, 2004 y 2006-2007: 187).

Si nos centramos en los espacios interiores de la muralla, identificamos poblados de pequeñas dimensiones, pero no por ello carentes de elementos que nos permitan afirmar que estamos ante la primera muestra de urbanismo conservada para el noroeste peninsular, aunque el urbanismo castreño no se consolidará hasta la aparición de los grandes castros o *oppida*, a partir del siglo II a. C.

En los castros encontraremos por primera vez una planificación urbanística a la hora de construir el poblado, tal como se puede constatar en As Croas (Ayán Vila, 2011: 393), El Picu la Forca (Camino et al., 2009: 151; Alonso, 2015: 100-101) o El Castrelín de Borrenes (Fernández Posse et al., 1993; Fernández-Posse, 2000 y 2001; Alonso, 2015: 99-100). En ellos se aprecian niveles de abandono correspondientes a su fase de construcción y se observa como la parte más importante de esta planificación consistía en la delimitación inicial del espacio en el que se iba a levantar el asentamiento mediante el trazado de un foso; este aportaba, además, la materia prima necesaria para otros elementos defensivos como la muralla o los parapetos, como así se ha comprobado en otros yacimientos como el de Torroso (Peña, 1992 y 2000b).

La relevancia de estos elementos defensivos iría más allá de la simple delimitación de un espacio, puesto que, en muchos casos, representaría también el punto de referencia para la ordenación de la arquitectura doméstica interior, al emplear la cara interna del recinto amurallado para su cimentación (Fernández-Posse, 1998: 222; Ayán Vila, 2011: 393).

Las construcciones internas de estos primeros castros se adaptan a la morfología del terreno. Son minoritarias las tareas de aterramiento documentadas y, en cambio, bastante frecuentes los accidentes naturales y afloramientos rocosos dentro del poblado, algo que, por otra parte, reducirá las posibilidades de crecimiento demográfico de su población y limitará el espacio habitacional. Este hecho, unido al marcado individualismo que presentan sus viviendas, separadas unas de otras y sin compartir ninguno de los muros, hizo pensar que los asentamientos castreños de este primer período carecerían de una ordenación urbanística (Romero Masiá, 1984-1985: 22; Sánchez-Palencia y Fernández-Posse, 1985: 85). No obstante, más allá de la planificación evidente que supone delimitar un espacio por medio de foso y muralla, la racionalización del espacio habitado es un fenómeno visible e indiscutible. En palabras de Carballo, lo que singulariza a los castros del noroeste no es *tanto el hecho de estar fortificados o de ocupar determinados lugares del territorio, como la forma de concebir el espacio, la arquitectura y el urbanismo* (2000: 9). Se trata de un ordenamiento urbanístico original que responde a las irregularidades de un terreno escogido más como referente visual y monumental que como espacio práctico para la



vida cotidiana y productiva. Esta circunstancia provoca irregularidades en el terreno que, junto al uso de una planta circular y de una cubierta cónica, origina la dispersión de unas viviendas con calles y callejones sinuosos y estrechos que esconden tras de sí una planificación urbana.

En definitiva, el castro supone la culminación de la progresiva sedentarización que había experimentado la población del noroeste peninsular a lo largo de la Edad del Bronce, pero también una delimitación de un territorio al que quedarán asignados los habitantes de un determinado emplazamiento<sup>7</sup> y en donde, frente a las estrategias anteriores, primarán los factores de monumentalización del espacio sobre los productivos.

## **LA CONFIGURACIÓN DE UN NUEVO PENSAMIENTO SIMBÓLICO**

A raíz de los datos expuestos, es necesario tratar de discernir todas aquellas modificaciones que experimentarían en su pensamiento simbólico las poblaciones que durante la transición de la Edad del Bronce a la Edad del Hierro hicieron del castro su modelo de asentamiento.

En primer lugar, hay que tener en cuenta que la localización de una comunidad en un nuevo entorno origina una serie de necesidades y de preocupaciones no previstas en la mentalidad de sus poblaciones y carentes de respuesta en su sistema de creencias.

En nuestro caso, la aparición del castro como modelo de asentamiento supone el paso de interactuar con una naturaleza benigna y, en cierta medida, controlable, como es la vida en los valles, a un medio con unas condiciones más impredecibles y difíciles de domesticar como son los lugares más destacados en el paisaje. Además, se pasa de un sistema abierto al medio y a las relaciones humanas a otro en donde el poblado se cierra sobre sí mismo desde el momento en que delimita su entorno con estructuras defensivas. Aquí las relaciones hacia el exterior, ya sea con el paisaje o con otros grupos humanos, se basarán en la desconfianza ante todo aquello que se sitúa más allá de las murallas, concebido como ajeno y desconocido. En palabras de Criado:

---

<sup>7</sup> Ciertos trabajos de Parceró (1998) han permitido comprobar que esa delimitación del territorio no solo afectó al recinto habitacional sino que se extendió también a las tierras más próximas destinadas a su explotación agropecuaria, tal como muestran yacimientos como Coto do Castro (Cotobade, Pontevedra), Castro de Follente (Caldas de Reis, Pontevedra), Castro de Mirás de Arriba (Ames, A Coruña) o Coto do Castro-O Soto (Cabanas, A Coruña), cuatro asentamientos con posibles evidencias de la creación de espacios de cultivo artificializados en el exterior de los castros desde las primeras fases de su existencia (Parceró, 1998: 28).

*En vez de existir entonces una malla de líneas que unen espacios abiertos y transparentes, tenemos una constelación de zonas cerradas, circunscritas, conectadas directamente con el grupo doméstico, y aisladas de las vecinas (1993: 46).*

La delimitación de un espacio para que actúe de asentamiento y la construcción de un perímetro fortificado ha de entenderse como una medida que va más allá del ordenamiento urbanístico de una sociedad y de su función defensiva o disuasoria, ya que, junto a ello, cumple también un papel fundamental en el proceso de identificación simbólica de su población en torno al propio castro, tanto desde el punto de vista físico como comunitario.

La muralla y el foso suponen así la materialización arquitectónica del límite, *la frontera que separa la propia comunidad del espacio del Otro y sanciona una geografía mental surgida en comunidades con una sedentarización de este tipo* (Rodríguez Corral, 2009: 43); pero, al mismo tiempo, *proporciona a la comunidad que habita [el castro] la cohesión social necesaria para compensar las tendencias disgregadoras de esos grupos familiares que organizan la producción de forma independiente*, puesto que *permite la afirmación e identificación de una comunidad frente a otras* (Fernández-Posse, 1998: 223).

Con la Edad del Hierro, en el pensamiento simbólico se configura una imagen hacia el mundo exterior en la que destacan los valores propios de lo ajeno y lo hostil, en contraposición a la visión de seguridad e identidad de la comunidad situada en el interior de las murallas. Como afirmaba González Ruibal, *el cambio del Bronce al Hierro significa ante todo la creación de fronteras* (2006-2007: 182), especialmente, con el mundo exterior; pero también con el interior ya que, al mismo tiempo que se reafirma la unidad de la comunidad y la identidad como grupo, se inicia un proceso de individualización. Este se verá reflejado en el registro arqueológico, sobre todo, a partir del siglo II a. C., con el aumento de vestigios destinados a la ornamentación del cuerpo y del vestido y en la diversidad de formas y soluciones constructivas de las viviendas frente a la homogeneidad que se intuía en la Edad del Bronce.

Junto a esta visión, los cambios espaciales producidos en los asentamientos conllevan alteraciones en las inquietudes de sus habitantes entre las que destacarán, en primera instancia, el incremento del peso de la cuestión bélica y la necesidad de proteger la comunidad frente al exterior. Esta situación dará inicio a un aislamiento de los cultos, los rituales y las creencias presentes en cada uno de los castros para distinguirse unos de otros, sobre todo, los más próximos.

Este proceso se explica como resultado directo de establecerse en un hábitat que se cierra sobre sí mismo y que entiende el mundo exterior como una realidad

ajena, impredecible y, al mismo tiempo, una fuente de preocupaciones (ataques de comunidades vecinas, fenómenos meteorológicos adversos, crisis de subsistencia, etc.). En este sentido, se creará también una mayor cohesión interna del grupo que habita un castro frente a ese mundo exterior desconocido, y que se verá reflejado en un cambio en la concepción de la guerra. Así, el paso de la Edad del Bronce a la Edad del Hierro conlleva *una forma de guerra comunitaria, colectiva, que compromete a toda la comunidad y no solo a una élite de especialistas* (González García, 2007: 39). Se pasará de la lucha individual a confrontaciones de una comunidad con otra, tal como simboliza el empleo de puñales y su democratización y generalización, a juzgar por su “frecuente” aparición en contextos domésticos frente al individualismo que representaban las espadas del Bronce (González García, 2007: 39).

En el ámbito de las creencias y la religiosidad, esta realidad se manifestará en la importancia de rituales de fundación de los asentamientos y en la circunscripción de los mismos y de los cultos a los límites de un determinado castro. Así parece evidenciarlo la proliferación de divinidades tutelares y la más que probable individualización de cada una de ellas con teónimos diferentes en función del asentamiento. En este sentido, el principio de oposición definido por Douglas, según el cual, *si una cultura pretende mantener su diferencia, debe definirse en oposición a las demás culturas* (1998: 57), sería de especial importancia en la nueva configuración mental y religiosa de la Edad del Hierro del noroeste peninsular. No obstante, desde el punto de vista social, esta oposición como diferenciación no eximiría la integración por analogía necesaria para la convivencia y las relaciones intercomunitarias de sus miembros (Currás, 2014: 414).

Además, debemos tener en cuenta que el castro, como monumentalización de la apropiación de un espacio por parte de una comunidad, otorgaba relevancia a la protección y prosperidad de todo lo relacionado con el interior de sus murallas, pero también al territorio exterior sobre el que ejercía su soberanía ante otras comunidades próximas. De él obtenía sus principales medios de subsistencia, en él expresaba parte de su identidad y de él dependía la supervivencia del grupo y su autonomía con respecto al resto de castros. De ahí que el nuevo pensamiento simbólico incidiera en los territorios asociados a la comunidad, de igual manera que los espacios e individuos situados en el interior de la croa.

Otras innovaciones que conllevaría a nivel simbólico el nacimiento del urbanismo castreño tendrían que ver con cuestiones relacionadas con la naturaleza. Así, la cuestión de la fertilidad, especialmente la de los terrenos destinados a actividades productivas, es de suponer que vería incrementada su relevancia como consecuencia de las difíciles condiciones topográficas de los nuevos asentamientos.

De igual modo, el control de las corrientes de agua cobraría mayor trascendencia ante la dificultad de asegurar su abastecimiento de forma estable a lo largo del año por los condicionantes de la nueva localización en altura de los poblados. El agua también ocupará un lugar destacado en las creencias y mentalidades de los habitantes del noroeste peninsular como consecuencia, precisamente, de su carácter impredecible e incontrolable. Esta circunstancia, unida a su papel como medio de comunicación a lo largo de la Edad del Bronce y perceptible a partir del propio proceso expansivo del modelo de asentamiento castreño, será fundamental para la adquisición de nuevas funciones como aquellas que vincularían las corrientes acuáticas con la muerte y el tránsito al *Más Allá* (Freán Campo, 2014).

Finalmente, si la Edad del Hierro en cuanto al hábitat se presenta como el término de un proceso de sedentarización, en el ámbito del pensamiento simbólico se caracterizará por la culminación de una progresiva abstracción de las creencias que ya se había iniciado en la Edad del Bronce, y que tiene en la concepción de la muerte su principal exponente (Bettencourt, 2010). En este sentido, autores como González Santana entienden que entre la monumentalización funeraria anterior a la Edad del Hierro, en particular los túmulos megalíticos, y la monumentalización habitacional de este período, se produce un cambio fundamental:

*El espacio como territorio de un colectivo humano pasa de la legitimación en función del pasado (antepasados) a la justificación mediante el presente (élites masculinas); de ahí la progresiva derivación del trabajo colectivo monumentalizador hacia el espacio residencial de los vivos (González Santana, 2011: 66).*

Sin embargo, en nuestra opinión, en esta transición tiene lugar un cambio en la manifestación material del concepto de identidad y de apropiación de un territorio. En él los valores simbólicos de pertenencia a través del recuerdo y del culto a los antepasados seguirán presentes, aunque ya no simbolizados en estructuras funerarias, sino en el propio asentamiento, y a pesar de que el ámbito funerario quede desligado del mismo como consecuencia, precisamente, de ese proceso de abstracción del pensamiento simbólico.

## CONCLUSIONES

La transición de la Edad del Bronce a la Edad del Hierro en el noroeste peninsular no supone tan sólo un cambio en la forma de asentamiento de unas sociedades que se sedentarizan en un determinado espacio, sino que implica la construcción de un

nuevo sistema de creencias y una nueva mentalidad fruto de las nuevas necesidades simbólicas derivadas de las interacciones que se establecen entre las comunidades castreñas y su entorno inmediato, tanto natural como antrópico.

A lo largo de esta breve composición hemos señalado seis elementos que son fundamentales para comprender el pensamiento simbólico que se origina a raíz del nacimiento del urbanismo castreño: el incremento del peso de la cuestión bélica; la necesidad de proteger la comunidad frente a un mundo exterior considerado como ajeno, impredecible y, en cierta medida, hostil; la individualización y distinción de los cultos, rituales y creencias en torno a un determinado castro; la mayor trascendencia de la fertilidad de la tierra y del control del agua como consecuencia de los nuevos condicionantes orográficos de los asentamientos; la elevación del agua a elemento determinante en la religiosidad castreña al situarse como mecanismo de transición y de comunicación entre lo que se considerará como el mundo conocido y el desconocido, lo propio y lo ajeno y, con ello, entre la comunidad de los vivos y la de los muertos; y, por último, la culminación de un proceso de abstracción del pensamiento simbólico que tendrá, precisamente, en el ámbito funerario su mayor exponente.

## **BIBLIOGRAFÍA**

- ABOAL FERNÁNDEZ, R. AYÁN VILA, X. M. PRIETO MARTÍNEZ, M. P. (2003). “El área arqueológica de O Peto (Vedra, A Coruña): ¿posible explotación minero-metalúrgica prerromana?”. *Era-Arqueologia*, 5, pp. 104-123.
- ALMEIDA, C. A. B. (1990). *Proto-Histórica e Romanização da bacia inferior do Lima*. Viana do Castelo: Estudos Regionais.
- ALMEIDA, C. A. B. SOEIRO, T. (1980). “Sondagens nos castros de Abade de Neiva e Roriz (Barcelos, 1978)”. En *Actas do Seminario de Arqueologia do Noroeste Peninsular. Vol. II*. Barcelos: Sociedade Martins Sarmento, pp. 29-35.
- ALMEIDA, C. A. F. SOEIRO, T. ALMEIDA, C. A. B. BAPTISTA, A. J. (1981). *Escavações arqueológicas em Santo Estêvão da Facha*. Ponte de Lima: Câmara Municipal.
- ALMEIDA, C. A. F. SOEIRO, T. ALMEIDA, C. A. B. BAPTISTA, A. J. (1982). “Duas datações de C. 14 para o Castro de Stº Estêvão da Facha”. *Arqueologia*, 6, p. 79.
- ALONSO BURGOS, F. (2015). *Estructura social y paisaje simbólico: las comunidades astures y el Imperio Romano (siglos II a. C. – II d. C.)*. Tesis doctoral inédita depositada en la Universidad Complutense de Madrid.
- AMORIM, M. J. M. (2007). *O inventário arqueológico dos Montes do Borrelho e Moinho Velho, no âmbito do levantamento arqueológico do concelho de Vila Verde*. Vila Verde: Câmara Municipal.

- AYÁN VILA, X. M. (2011). *Casa, familia y comunidad en la Edad del Hierro del NW*. Tesis doctoral inédita depositada en la Universidade de Santiago de Compostela.
- BETTENCOURT, A. M. S. (1993-1994). “A ocupação da Idade do Bronze no Castro de Lanhoso (Póvoa de Lanhoso-Braga)”. *Cadernos de Arqueologia*, 10-11, pp. 153-180.
- BETTENCOURT, A. M. S. (2000a). “O mundo funerário da Idade do Ferro do Norte de Portugal: Algumas questões”. En Jorge, V. O. (coord.). *Actas do 3º Congresso de Arqueologia Peninsular. Vol. 5*. Vila Real: Adecap, pp. 43-59.
- BETTENCOURT, A. M. S. (2000b). *O povoado de S. Julião, Vila Verde, Norte de Portugal, nos finais da Idade do Bronze e na transição para a Idade do Ferro*. Braga: Universidade do Minho.
- BETTENCOURT, A. M. S. (2000c). *Estações da Idade do Bronze e Inícios da Idade do Ferro da bacia do Cávado (Norte de Portugal)*. Braga: Universidade do Minho.
- BETTENCOURT, A. M. S. (2001). *O povoado da Santinha, Amares, Norte de Portugal, nos finais da Idade do Bronze*. Braga: Universidade do Minho.
- BETTENCOURT, A. M. S. (2010). “La Edad del Bronce en el noroeste de la Península Ibérica: un análisis a partir de las prácticas funerarias”. *Trabajos de Prehistoria*, 67 (1), pp. 139-173.
- CALO LOURIDO, F. SIERRA RODRÍGUEZ, X. C. (1983). “As orixes do castrexo do Bronze Final”. En Pereira Menaut, G. (ed.). *Estudos de cultura castrexa e de Historia Antiga de Galicia*. Santiago de Compostela: Universidade de Santiago de Compostela, pp. 19-85.
- CAMINO MAYOR, J. (1995). *Los castros marítimos en Asturias*. Oviedo: Real Instituto de Estudios Asturianos.
- CAMINO MAYOR, J. ESTRADA, R. VINIEGRA, Y. (2009). “El castro inacabado de La Forca (Grado, Asturias). Un dominio territorial frustrado”. *Trabajos de Prehistoria*, 66 (1), pp. 145-159.
- CANO PAN, J. A. (2012). *Punta de Muros: un poblado fortificado de finales de la Edad del Bronce*. A Coruña: Arqueoloxía do Noroeste.
- CARBALLO ARCEO, L. X. (1990). “Los castros de la cuenca media del río Ulla y sus relaciones con el medio físico”. *Trabajos de Prehistoria*, 47, pp. 161-199.
- CARBALLO ARCEO, L. X. (1996a). “Os castros galegos: espacio e arquitectura”. *Gallaecia*, 14-15, pp. 309-357.
- CARBALLO ARCEO, L. X. (1996b). “O espacio na cultura castrexa galega”. En Hidalgo Cuñarro, J. M. (coord.). *A cultura castrexa galega a debate*. Tui: Instituto de Estudios Tudenses, pp. 107-138.
- CARBALLO ARCEO, L. X. (2000). *Os castros galegos*. Vigo: A Nosa Terra.
- CARBALLO ARCEO, L. X. (2002). *A cultura castrexa na bacia media do río Ulla*. Lalín: Concello.
- CARDERO LÓPEZ, J. L. (1980). “Breve estudio arqueológico de las Islas Cíes”. *Memoria del Museo y Archivo Histórico Diocesano*, 3, pp. 339-373.

- CARROCERA FERNÁNDEZ, E. (1995). “El territorio de los astures: los castros”. En *Astures: Pueblos y Culturas en la frontera del Imperio Romano*. Gijón: Ayuntamiento, pp. 52-65.
- COFFYN, A. (1985). *Le Bronze Final Atlantique dans la Peninsule Iberique*. París: Boccard.
- CRIADO BOADO, F. (1993). “Espacio monumental y paisajes prehistóricos en Galicia”. En *Concepcións espaciais e estratexias territoriais na historia de Galicia*. Santiago de Compostela: Asociación Galega de Historiadores, pp. 23-54.
- CURRÁS REFOJOS, B. (2014). *Transformaciones sociales y territoriales en el Baixo Miño entre la Edad del Hierro y la integración en el Imperio Romano*. Tesis doctoral inédita depositada en la Universidade de Santiago de Compostela.
- DINIS, A. P. (1993). *Ordenamento do território do Baixo Ave no I milénio A. C.* Dissertação de mestrado inédita depositada en la Universidade do Porto.
- DOUGLAS, M. (1998). *Estilos de pensar*. Barcelona: Gedisa.
- FÁBREGA ÁLVAREZ, P. (2005). “Tiempo para el espacio. Poblamiento y territorio en la Edad del Hierro en la comarca de Ortelal (A Coruña, Galicia)”. *Complutum*, 16, pp. 125-148.
- FARIÑA BUSTO, F. XUSTO RODRÍGUEZ, M. (1991). “Coto de San Trocado (San Amaro-Punxín-Ourense)”. *Arqueoloxía. Informes 2. Campaña de 1988*, pp. 209-214.
- FERNÁNDEZ-POSSE, M. D. (1998). *La investigación protohistórica en la Meseta y Galicia*. Madrid: Síntesis.
- FERNÁNDEZ-POSSE, M. D. (2000). “Las comunidades castreñas astures en época prerromana”. En Sánchez-Palencia, F. J. (ed.). *Las Médulas (León). Un paisaje cultural en la Asturia Augustana*. León: Instituto Leonés de Cultura, pp. 47-108.
- FERNÁNDEZ-POSSE, M. D. (2001). *El castro prerromano de El Castrelín de S. Juan de Paluezas*. León: Instituto Leonés de Cultura.
- FERNÁNDEZ-POSSE, M. D. MONTERO, I. SÁNCHEZ-PALENCIA, F.J. ROVIRA, S. (1993). “Espacio y metalurgia en la cultura castreña: El Castrelín de San Juan de Paluezas”. *Trabajos de Prehistoria*, 50, pp. 127-150
- FREÁN CAMPO, A. (2014). “Persistencia en la tradición cultural del noroeste peninsular: una exploración del imaginario de la muerte hacia el pasado”. *Gallaecia*, 33, pp. 159-188.
- FREÁN CAMPO, A. (2016). “Cultos orientales durante la primera Edad del Hierro en el noroeste de la península ibérica”. En Cordeiro Macenlle, R. y Vázquez Martínez, A. (eds.). *Estudios de Arqueoloxía, Prehistoria e Historia Antiga. Achega dos novos investigadores*. Santiago de Compostela: Andavira, pp. 215-227.
- FREÁN CAMPO, A. (2018). *Persistencia y evolución de la religiosidad y las mentalidades del noroeste peninsular desde la Edad del Hierro a la tardoantigüedad*. Tesis doctoral inédita. Universidade de Santiago de Compostela.
- GONZÁLEZ GARCÍA, F. J. (2007). “La guerra en la Gallaecia antigua: del guerrero tribal al soldado imperial”. *Semata*, 19, pp. 21-64.
- GONZÁLEZ GARCÍA, F. J. PARCERO OUBIÑA, C. AYÁN VILA, X. M. (2011). “Iron Age Societies against the State: An Account of the Emergence of the Iron Age in North-western

- Iberia”. En Moore, T. y Armada Pita, X. L. (eds.). *Atlantic Europe in the first millennium BC: Crossing the divide*. Oxford: Oxford University Press, pp. 285-301.
- GONZÁLEZ RUIBAL, A. (2004). “Alén dos Castros: o poboado da Idade do Ferro de Pena Redonda (Pontecaldelas, Pontevedra)”. *El Museo de Pontevedra*, 58, pp. 11-63.
- GONZÁLEZ RUIBAL, A. (2006-2007). *Galaicos. Poder y comunidad en el noroeste de la península Ibérica (1200 a. C. – 50 d. C.)*. A Coruña: Museo Arqueolóxico e Histórico da Coruña.
- GONZÁLEZ SANTANA, M. (2011). *Relaciones de poder en las comunidades protohistóricas del Noroeste peninsular: Espacios sociales, prácticas cotidianas e identidad de género*. Tesis doctoral inédita depositada en la Universidad de Oviedo.
- GORGOSO LÓPEZ, L. FÁBREGAS VALCARCE, R. ACUÑA PIÑEIRO, R. (2011). “Desmontando la Mesa de Montes (Cangas do Morrazo, Pontevedra)”. *Zephyrus*, 67, pp. 111-128.
- GRANDE RODRÍGUEZ, M. (2007). “Aproximación á romanización na Terra de Lemos”. *Minius*, 15, pp. 117-135.
- GRANDE RODRÍGUEZ, M. (2008). “Los castros de la Gallaecia interior: arqueología, poblamiento y sociedad”. *Herakleion*, 1, pp. 85-119.
- HORTON, R. (1967). “African Traditional Thought and Western Science”. *Journal of the International African Institute*, 31 (1): 50-71.
- INGOLD, T. (1993). “The temporality of landscape”. *World Archaeology*, 25 (2), pp. 152-174.
- JORDÁ CERDÁ, F. (1984). “Notas sobre la cultura castreña en el norte Peninsular”. *MHA*, 6, pp. 7-14.
- JORGE, S. O. (1980). “A estação arqueológica do Tapado da Caldeira, Baião”. *Portugalia*, 1, pp. 29-50.
- JORGE, S. O. (1981). “Sondagens arqueológicas na estação do Alto da Caldeira (Baião)”. *Arqueologia*, 3, pp. 67-76.
- JORGE, S. O. (1983-1984). “Aspectos da evolução da Pré-Histórica do Norte de Portugal durante o IIIº e IIº milénios a. C.”. *Portugalia*, 5-6, pp. 97-109.
- JORGE, S. O. (1988). *O poboado da Bouça do Frade (Baião) no quadro do Bronze final do Norte de Portugal*. Porto: Monografías Arqueológicas 2.
- LEMONS, J. F. S. (1993). *Povoamento romano de Trás-os-Montes oriental*. Tesis doctoral inédita depositada en la Universidade do Minho.
- LIMA OLIVEIRA, E. PRIETO MARTÍNEZ, M. P. (2002). *La Arqueología en la Gasificación de Galicia, 16: Excavación del yacimiento de Monte Buxel*. Santiago de Compostela: Tapa.
- LUZÓN, J. M. SÁNCHEZ-PALENCIA, F. J. ACUÑA, F. ALONSO, C. ARIAS, F. CAAMAÑO, J. M. RODRÍGUEZ, A. SIERRA, J. C. VÁZQUEZ, J. M. (1980). *El Caurel. Excavaciones Arqueológicas en España*. Madrid: Ministerio de Cultura.



- MALUQUER DE MOTES, J. (1973). “Formación y desarrollo de la cultura castreña”. En *I Jornadas de Metodología Aplicada de las Ciencias Históricas. I. Prehistoria e Historia Antigua*. Santiago de Compostela: Universidade de Santiago de Compostela, pp. 269-284.
- MARÍN SUÁREZ, C. (2011). *De nómadas a castreños. Arqueología del primer milenio antes de la era en el sector centro-occidental cantábrico*. Tesis doctoral inédita depositada en la Universidad Complutense de Madrid.
- MARTINS, M. (1985). “Sondagens arqueológicas no Castro de Monte Padrão, em Santo Tirso”. *Cadernos de Arqueologia*, 2, pp. 217-230.
- MARTINS, M. (1989). *O castro do Barbudo, Vila Verde. Resultados das campanhas realizadas entre 1981 e 1985*. Braga: Universidade do Minho.
- MARTINS, M. (1990). *O povoamento proto-histórico e a romanização da bacia do curso médio do Cávado*. Braga: Universidade do Minho.
- MAYA GONZÁLEZ, J. L. (1987/1988). *La cultura material de los castros asturianos*. Barcelona: Universidad Autónoma de Barcelona.
- MAYA GONZÁLEZ, J. L. (1989). *Los castros en Asturias*. Gijón: Silveiro Cañada.
- MÉNDEZ FERNÁNDEZ, F. (1994). “La domesticación del paisaje durante la Edad del Bronce gallego”. *Trabajos de Prehistoria*, 51 (1), pp. 77-94.
- MOREIRA, A. B. (2005). *Estação arqueológica Monte do Padrão. O Castro do Monte do Padrão. Do Bronze Final ao fim da Idade Media*. Santo Tirso: Câmara Municipal.
- ORERO GRANDAL, L. (1997). “Castromao”. En *Galicia castrexa e romana. Galicia castreña y romana*. Santiago de Compostela: Xunta de Galicia, pp. 100-103.
- ORERO GRANDAL, L. (2000). “Castromao (Celanova, Ourense)”. *Brigantium*, 12, pp. 179-185.
- ORERO GRANDAL, L. (2010). “Intervención arqueolóxica no xacemento de Castromao, Campo de traballo arqueolóxico, Celanova (Ourense)”. *Actuacións Arqueolóxicas. Ano 2008*. Santiago de Compostela: Xunta de Galicia, pp. 74-76.
- PARCERO OUBIÑA, C. (1998). *La arqueología en la gasificación de Galicia 7. Hacia una arqueología agraria de la cultura castreña*. Santiago de Compostela: Tapa.
- PARCERO OUBIÑA, C. (2000). “Tres para dos. Las formas de poblamiento en la Edad del Hierro del Noroeste Ibérico”. *Trabajos de Prehistoria*, 57 (1), pp. 75-95.
- PARCERO OUBIÑA, C. (2002). *La construcción del Paisaje Social en la Edad del Hierro del Noroeste Ibérico*. Ortigueira: Ortegalia.
- PARCERO OUBIÑA, C. (2005). “Variaciones en la función y el sentido de la fortificación a lo largo de la Edad del Hierro en el NO de la Península Ibérica”. En Cancelo, C. Esparza Arroyo, A. y Blanco, A. (coords.). *Bronze Final y Edad del Hierro en la Península Ibérica*. Salamanca: Universidad de Salamanca, pp. 11-33.
- PARCERO OUBIÑA, C. AYÁN VILA, X. M. FÁBREGA ÁLBAREZ, P. TEIRA BRIÓN, A. M. (2007). “Arqueología, Paisaje y Sociedad”. En González García, F. J. (ed.). *Los pueblos de la Galicia céltica*. Madrid: Akal, pp. 131-258.

- PEÑA SANTOS, A. (1992). *Castro de Torroso (Mos, Pontevedra). Síntesis de las memorias de las campañas de excavaciones 1984-1990. Arqueoloxía/Memorias, 11*. Santiago de Compostela: Xunta de Galicia.
- PEÑA SANTOS, A. (2000b). “Castro de Torroso (Mos, Pontevedra)”. *Brigantium*, 12, pp. 141-151.
- PUNGÍN GARCÍA, A. J. (2009). “Patrones de situación de los asentamientos tipo castro en la comarca de As Frieiras (Orense)”. *Aquae Flaviae*, 41, pp. 237-251.
- QUEIROGA, F. M. V. R. (1984). “Excavações arqueológicas em Castelo de Matos. Notícia preliminar”. *Arqueologia*, 9, pp. 105-106.
- RODRÍGUEZ CORRAL, J. (2009). *A Galicia castrexa*. Santiago de Compostela: Lóstrego.
- RODRÍGUEZ CORRAL, J. (2010). *La Imaginación Histórica: Pueblos y Culturas en el Pensamiento Arqueológico*. Tesis doctoral inédita depositada en la Universidade de Santiago de Compostela.
- ROMERO MASIÁ, A. M. (1976). *El hábitat castreño. Asentamientos y arquitectura de los castros del N. O. peninsular*. Santiago de Compostela: Colegio de Arquitectos de Galicia.
- ROMERO MASIÁ, A. M. (1980). “Asentamentos castrexos costeiros no Norde de Galicia”. *Gallaecia*, 6, pp. 67-80.
- ROMERO MASIÁ, A. M. (1984-1985). “Os castros: recoñecemento e catalogación”. *Cuadernos de Estudios Gallegos*, 35 (100), pp. 31-61.
- SAMPAIO, H. BETTENCOURT, A. M. S. ALVES, M. I. (2010). “O Monte da Penha, Guimarães, como cenário de ações de incorporação e de comemoração do espaço na Pré-história da bacia do Ave”. En Bettencourt, A. M. S. y Alves, L. (eds.). *Dos montes, das pedras e das águas. Formas. Formas de interação com os espaços naturais da pré-história à actualidade*. Braga: CITCEM/APEQ, pp. 55-76.
- SÁNCHEZ-PALENCIA, F. J. FERNÁNDEZ-POSSE, M. D. (1985). *La Corona y el Castro de Corporales, I. Truchas (León). Campañas de 1978 a 1981*. Madrid: Ministerio de Cultura.
- SÁNCHEZ-PALENCIA, F. J. SASTRE PRATS, I. OREJAS, A. (2002). “Los castros y la ocupación romana en zonas mineras del Noroeste de la Península Ibérica”. En Blas Cortina, M. A. y Villa Vildés, A. (eds.). *Los poblados fortificados del Noroeste de la Península Ibérica: Formación y desarrollo de la cultura castreña*. Navia: Ayuntamiento, pp. 241-260.
- SANTOS, P. M. (1995). “O povoado do Alto de Santa Ana, Chaves”. En Jorge, S. O. (coord.). *A Idade do Bronze en Portugal. Discursos de poder*. Lisboa: SEC, pp. p. 117.
- SASTRE PRATS, I. (2001). *Las formaciones sociales rurales de la Asturias romana*. Madrid: Ediciones clásicas.
- SENNA-MARTÍNEZ, J. C. (1995). “O povoado do Cabeço do Castro de S. Romão”. En Jorge, S. O. (coord.). *A Idade do Bronze en Portugal. Discursos de poder*. Lisboa: SEC, pp. 61-66.
- SILVA, A. C. F. (1986). *A Cultura Castreja no Noroeste de Portugal*. Paços de Ferreira: Câmara municipal.

- VÁZQUEZ MATO, M. X. (2010). “Estrategias de asentamiento como indicadores de cronología relativa para la Edad del Hierro en el Noroeste Ibérico”. *Herakleion*, 3, pp. 67-103.
- VILLA VALDÉS, A. (2002). “Sobre la secuencia cronoestratigráfica de los castros asturianos (siglos VIII a. C.-II d. C.)”. *Trabajos de Prehistoria*, 59 (2), pp. 149-162.
- WATSUJI, T. (2006). *Antropología del paisaje. Climas, culturas y religiones*. Salamanca: Sígueme.